

Nos encaminamos al palacio; en la puerta estaba mi insigne jefe don Santos Degollado, recibiendo las partidas de doscientos y trescientos hombres de las tropas de Miramón que iban desertando y presentándose.

— Dichoso Pérez, exclamó dirigiéndoseme el jefe, que logró la dicha de triunfar en compañía del gran Ortega en esa acción de Calpulalpam que viene á ser el término de todas nuestras penas. Tres años de luchas, de dolores, de desesperanzas, merecían un día tan hermoso.

Repentinamente, abriéndose paso por entre el grupo, avanzó un tipo repolludo, bien plantado, con las patillas negrísimas relucientes de pomada, las manos blancas llenas de anillos con diamantes, una gran soguilla de oro al cuello y un aspecto de seriedad, de sensatez, de seguridad que causaban verdadera risa. Felicitó á don Santos, y como me viera mezclado entre los del grupo, me llamó aparte:

— Hola, Juanito, ¿qué tal? Mucho gusto de verte. No te luce el pelo ciertamente, hermano; estás hecho un *chichicuilote*, flaco y desmedrado que das compasión; parece que vas á sacar la carne de la olla... Yo vine á felicitar al señor Degollado, como ayer estuve á despedir al señor Miramón; ya sabes, siempre he sido amante de las autoridades constituídas.

— ¿Y qué haces ahora, Nicolás? pregunté á mi amigo Cuevas: á ti sí que te luce el pelo.

— ¡Psé! no se pasa del todo mal; el secreto está en no dar coces contra el aguijón... Yo me la he pasado muy ricamente haciendo préstamos al gobierno conservador; y como pienso que los liberales vendrán todavía más arrancados que se van sus enemigos, seguiré con ellos, Dios mediante... En fin, si no se puede, ¡cómo ha de ser! ya hay ganado para los frijolitos.

— Pollos, gritó Degollado jovialmente, todos me acompañan á hacer penitencia. Luego irán á recorrer la ciudad en patrullas armadas, pues no hay ahora policía ni cosa que lo valga.

A las oraciones bajamos del palacio unos veinte oficiales. Ya nos aguardaban muchísimos comerciantes extranjeros que estaban dispuestos á acompañarnos á hacer rondas. También había gentes del país, y entre ellas mi grande amigo Gordo, guapo, serio, circunspecto, con su pantalón flor de romero, su chaqueta de casimir azul, al cuello su mascada roja con cintillo, y en la mano una porra que pesaba algunas libras. Tras de saludarme me preguntó lo que de seguro habría preguntado al mismo Juárez si le halla al paso:

— ¿Cree usted que se declararán buenas las ventas que hizo en Veracruz el señor Juárez?

En unión de diez alemanes armados hasta los dientes, recorrimos el Genio y yo muchas calles; pero no sólo no había síntomas de conspiración reaccionaria, ni siquiera

los había de la borrachera y el desorden que son cortejo obligado de la Noche Buena. Dentro de las casas se escuchaban los cánticos tradicionales acompañados de risas de niños, de bullir de cascabeles y de silbar de *güijolas*: era la perfecta paz en la tierra para los hombres de buena voluntad. A eso de las cuatro de la madrugada se oyeron disparos por el rumbo de palacio: acababa de llegar Aureliano, *el guerrillero duende*, acompañado de su chinaca brava. Los germanos, en vista de que la tranquilidad permanecía *inalterable*, como dicen los documentos administrativos, se retiraron á sus casas á buena hora.

Lencho y yo seguimos recorriendo calles y trayendo á la memoria casos y personas de tiempos pasados. Covarrubias, Sánchez, Comonfort, Parrodi, don Marcos Esparza, García Torres, Cumplido, Santa Anna, los Seguras, todo el mundo pasó por nuestra memoria.

Nos despedíamos á la puerta de la *Gran Sociedad*, donde yo había tomado alojamiento, cuando Castillo me dijo con indiferencia:

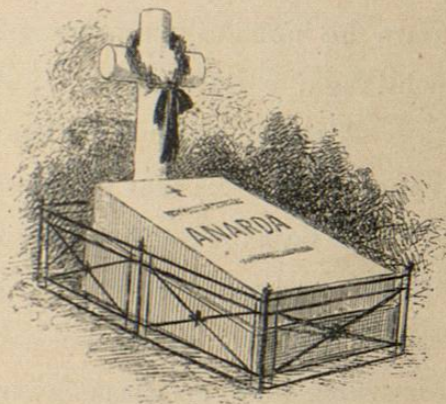
— ¿Sabes á quién enterramos hace menos de un mes? A tu amigaza, la famosa Anarda; murió en olor de santidad y dicen que deja todo á los pobres... El licenciado había muerto no hacía un año, de modo que ese linaje acabó en punta...

Sentí como si me hubieran descargado en la cabeza un golpe de maza, y apenas pude decir á Florencio, que

me apretaba la mano efusivamente, un « hasta mañana » más frío que el airecillo que soplabá en aquel momento.

\* \* \*

De la mañana aquella no guardo sino un recuerdo vago, como si en vez de haber pasado todos y cada uno



de sus lances, los hubiera oído referir á persona torpe de palabra y de retentiva escasa.

Hacía un frío sutil que penetraba en la carne como la hoja aguda de un puñal; aquí y allá, por la Piedad, por Tacubaya, por la Verónica, se oía sonar clarines y tambores; de cuando en cuando se veía á un ayudante lleno de entorchados correr en dirección de la plaza.

Empezaron á escucharse sonos que traía el viento en notas aisladas, que nada decían; luego gritos de entu-

siasmo; después aires sueltos: los *Moños Verdes* lanzando su frase juguetona; los *Cangrejos* llenos de rencor contra todo lo pasado, y la *Marsellesa*, canto eterno de los libres, contra todos los despotismos, todas las imposiciones y todas las infamias.

Porque no hay que creer lo que últimamente se ha dicho, que el himno nacional fuera nuestro compañero en las bregas por la libertad, ni que Bocanegra fuera el poeta que cantara los anhelos nuestros; el himno era el canto de la mochtanga, y Bocanegra, el áulico de Santa Anna, Zuloaga y Miramón. Nuestro poeta, «aquel que vagabundo cuentos fingía y los ecos del pueblo que recogía tornó cantares» se llamaba Guillermo Prieto, el mismo que á pesar de sus errores y de sus defectos, porque no era mejor que el resto de los humanos, tuvo el mérito inmenso de amar á México sobre todas las cosas en tiempos en que ese amor podía traer la muerte ó la ruina ó el descrédito... Luego fueron apareciendo burros cargados con colchones, carros entoldados, de los que en el interior llamaban de *transporte*; viejas con el sombrero de palma en la testa greñuda, una canasta en la mano y el muchacho á la espalda; en seguida los charros de ocasión, que aprovechan la más mínima, para exhibirse, haciendo santiaguitos, y al fin los batallones y regimientos, como inmensa visión roja y blanca que llenaba de gozo las almas.

Entretanto, las calles se habían llenado con el con-

curso inmenso del pueblo; los sombreros chilapeños y los rebozos negros ó azules, se movían, se alzaban, se bajaban, retrocedían y avanzaban como olas de un mar inmenso, apenas surcado á veces por uno que otro simón desvencijado que parecía una barca próxima á zozobrar.

Primero atravesaron los batallones, que parecían compacta y gigantesca mies de blancas espigas que relucían al conjuro del sol, girando al rededor de las rojas flores de los guiones; luego los regimientos con sus chinacates barbudos, sus caballejos de corta alzada y sus banderolas flotantes. ¡Cuánta blusa roja, cuánta chaparrera de chivo, cuántas lanzas y cuántos atropellamientos! Después venía Ortega, modesto y sencillo, rodeado de su Estado Mayor y contestando á todas las aclamaciones.

De repente la comitiva hacía alto, y por más que nos empinábamos en las puntas de los pies ó en los estribos de las sillas, nada lográbamos ver.

— Es que saludan al General los del gremio de carniceros.

— Es que le dice versos un niño.

— Ya se bajó del caballo y escucha á los señores del Ayuntamiento; le entregan unas llaves y un guión.

— No es guión; es el estandarte de la ciudad.

— Va don Jesús entre puros señores de levita.

— Hace señas á unos que están en un balcón.

— Les amenaza.

— Les llama.

— Son Degollado y Berriózabal.

— Dice que Degollado debe llevar el estandarte de la ciudad, porque es el verdadero triunfador por su constancia y su fe...

— Muy merecido.

— Ya no se oye una palabra; todo es aplaudir y gritar vivas.

— ¿Has visto cantidad mayor de flores que las que nos arrojan?

— ¡Vaya una catrina chula la de aquel balcón!

— Vuelta á detenernos; así vamos á llegar mañana por la mañana.

— Bajan otros señores.

— Son Ocampo, La Llave y Mata.

Y lentamente, entre arcos, flores, aclamaciones, repiques y vivas penetramos al fin á aquel palacio de que nos había echado, tres años antes, la astucia clerical. Ya estábamos allí; mas ¿duraríamos mucho tiempo en aquel puesto? Más tarde... pero, pluma queda. Basta ya de borrar cuartillas, que la edad y las fuerzas apenas me han consentido llegar hasta aquí; mas como juntamente con el drama colectivo, se ha desarrollado mi drama individual, en breves palabras diré lo que me falta.

A los pocos días de nuestra entrada, pedí permiso al señor Ortega para retirarme á mi pueblo y dejar la



... me casé con Trini á satisfacción de sus padres y en medio del contento general

carrera militar. En Tlaxochimaco sabían de mi próxima llegada por carta que llevó el correo, en esa vez menos remiso que otras muchas. Me recibieron con grandes halagos, me llenaron de ovaciones y aun se determinó en cabildo mudar el nombre á la antigua plazuela del *Chimole* y ponerle el mío benemérito.

A la hora que escribo estas líneas, el sol redora las letras de la lápida de mármol que señala el sitio de la *Plaza Juan Pérez de la Llana*, como el sol de los recuerdos da un poco de brillo á mis pobres y desmayados escritos.

Pasado apenas el término de las publicatas, me casé con Trini á satisfacción de sus padres y en medio del contento general. Dí el ejemplo, después universalmente seguido, pero entonces único por su rareza, de contraer matrimonio conforme á la ley del Estado civil.

Tuve el dolor de perder á mis bondadosos padrinos, don Crescencio y doña María Antonia á fines del setenta: dos meses nada más sobrevivió la excelente señora á su dignísimo esposo el mayorazgo; pero uno y otro tuvieron el placer de ver levantada su casa al ápice de su primitivo lustre y esplendor, debido á mi previsión, mi economía y mi buena voluntad, ayudadas por la excelente disposición de mis dos cuñados Crescencio y Ramón, que hallaron una fórmula que zanjaba maravillosamente sus diferencias en política: el trabajo, el trabajo bendito, fuente de la conformidad, la alegría y la riqueza.

Pero no todo había de ser goces: el ochenta y nueve perdí á mi animosa y amantísima compañera, que partió llevándose toda mi alegría; el noventa y seis murió Andrés, mi hijo mayor, y el año siguiente se casaron mis dos hijas, Trini y Delfina. La mayor, que es el retrato de su bendita madre, se unió á un ingenierillo bulle-bulle, que se propone llenarnos los alrededores de este viejo pueblo de canales, ferrocarriles, fábricas y no sé qué otros primores que han hecho subir el valor de las tierras en una proporción que habría causado espanto á mi suegro el mayorazgo. Sí hará, que bríos le sobran al chico. Delfina tiene por marido á un niño de buena familia, que cifra su aristocracia en no hacer nada, absolutamente nada más que gastar los dinerales que yo reuní con tanto trabajo.

Se me olvidaba decir que días después de mi llegada al pueblo, recibí el despacho de coronel y que todavía el sesenta y dos, sesenta y tres, sesenta y cuatro y sesenta y siete, cumplí con mi deber de hombre y de mexicano, rechazando la más cruel, injusta y violenta de las agresiones; pero ya estoy cansado, y ese tiempo heroico y grande

Otro lo cantará con mejor plectro.

## PAUTA

### PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

	Págs.
... y la madrugada me sorprendió en una choza de leñadores...	12
Fabiana, Todosia y Nicanora se hicieron seña....	29
Juárez me recibió con perfecta amabilidad, tendiéndome la mano	50
D. León me mira con lástima, y sin turbarse ni inmutarse me dice...	68
D. Benito, desde lo alto de la plataforma, explicó...	93
D. Miguel Miramón	110
— En fin, ya dí mi palabra...	131
Ayer nos leyó unos cuadernitos que trae consigo...	145
— ¿Qué le pasa, <i>monsiur</i> ? le preguntamos con cariño	181
... ahora nos daba una comedia, que por cierto resultaba divertida...	190
... el pueblo todo acudió en masa á celebrar mi arribo...	204
— ¡Ay, señor cura! ¿qué nos cuenta su mercé?...	214
— ¡Un ladrón! gritó el sabio de mentirijillas...	223
El jefe dió la orden, y todo el mundo se estuvo quieto...	237
... organizó un día de campo á los Cipreses...	251
— ¡ <i>Altuay!</i> ¿Quién vive?	264
— Me metieron en la camilla, me taparon...	281
— ¿Lo ves, papá? No hace caso, no se ocupa de mí...	298
— ¿Ves, me dijo, aquel charro embozado hasta los ojos...	310
... vimos muchos hombres echarse al agua, escuchamos lamentos...	325
Los léperos empezaron á chunguear al de los consejos...	337
Espió un rato por la puerta entreabierta, y luego...	354
Aquí tomó aire el jefe, se levantó de la mesa, se alzó los anteojos...	366
Un día, después que el lego bebió como una cuba...	386
— Puros <i>puros</i> , á mi seno; puros <i>mochos</i> , á mis pies...	397
... me casé con Trini, á satisfacción de sus padres y en medio del contento general.	443